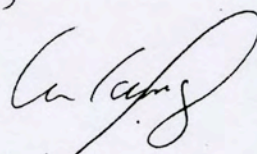


1

Doña Tencha:

Una gran satisfacción sería que, con estas palabras, hubiera logrado recoger una imagen cercana del General Calles, apegada a la que usted conserva.

Con respeto y afecto,



Palabras pronunciadas por el Lic. Manuel Camacho Solís, Secretario de Desarrollo Urbano y Ecología, con la representación del C. Presidente de la República, Lic. Miguel de la Madrid H., en la Ceremonia del XLI Aniversario Luctuoso del General Plutarco Elías Calles.

México, 19 de Octubre de 1986.

2

SEÑORAS Y SEÑORES:

Para su generación, Plutarco Elías Calles fue uno de los Presidentes más discutidos y combatidos. Para las generaciones que le siguieron es forjador del Estado y las instituciones.

Para toda una generación de políticos, Calles ha sido modelo del dirigente; para quienes han administrado y promovido el desarrollo económico, ejemplo de organizador y forjador de instituciones de fomento; para los ciudadanos en general, quizás no sea la figura más brillante, o la más cercana, pero sí aquella que ha logrado uno de los más amplios consensos como prototipo del hombre de Estado.

Hoy podríamos volver a recordar todo lo que Calles hizo: como maestro, revolucionario, Secretario de Industria, Comercio y Trabajo, Secretario de Guerra y Marina, Secretario de Gobernación, fundador del Banco de México, de la Comisión Nacional de Irrigación y de Caminos, de las instituciones de crédito, fundador del Partido Nacional Revolucionario; pero, lo que hoy nos corresponde, más que referir los resultados de sus actos, es reflexionar respecto a la lógica que orientó su acción.

Tanto influyó Calles, que es igualmente importante conocer el resultado como el método. En nuestro tiempo es tan compleja la situación que vive la Nación, que es obligatorio considerar de nuevo, el cúmulo de dificultades, riesgos, incertidumbres y circunstancias imperiosas que determinaron las actitudes y los hechos. Ahí encontramos, hoy, la plena actualidad de Plutarco Elías Calles.

En cada ámbito de su acción pública Calles dejó huella, pero una fue, quizá, la que resultó esencial para él y para su momento: la manera como percibió y organizó el poder político. Es decir, el modo como puso fin al riesgo permanente de rebeliones de los caudillos y al riesgo de vulneración de nuestras fronteras.

La pacificación del país tenía dos etapas: una, la definición de los principios normativos y acuerdos básicos en 1917; la otra, la formación de sus instituciones. En la Constitución estaba el pilar que permitiría estructurar un gobierno y orientar la transformación de la sociedad. En nuestra Carta Magna radicaba nuestra fuerza como Nación: el pacto que garantizaba las libertades básicas del ciudadano, los derechos sociales, la seguridad de la economía mixta, el perfeccionamiento de la democracia. En 1917 se tuvo la visión para prefigurar y la claridad para definir los principios normativos que permitirían avanzar en la solución de las cuestiones que dieron origen a la Revolución Mexicana: la cuestión democrática; la cuestión social; y la cuestión de la soberanía y la identidad nacional.

Pero no bastaba con normar la estructura del poder y la relación del gobierno con la sociedad; con marcar el rumbo del proyecto nacional. Había que establecer un nuevo orden en la sociedad, y cohesión y disciplina en el Estado.

Entre algunos, existe la idea de que el orden se estableció con mano de hierro, pero se olvida que éste no hubiera sido duradero si no hubiera habido oficio de hombre de Estado. Este oficio consistió en saber percibir las exigencias, detectarlas, y escucharlas, para después de una reflexión serena, articular y negociar las soluciones, corresponsabilizar a las partes y, una vez fijada la posición, asumir los riesgos inherentes a toda decisión política.

Reconstruir el orden, en la sociedad, es una de las más grandes responsabilidades de la política, porque implica, al mismo tiempo, establecer las bases del consenso y las relaciones de respeto hacia quienes pudieron ser incluso los mayores adversarios.

Reconstruir el orden, en la sociedad, sólo se lograría cuando los principios por los que se luchó encontraran un inicio de realización, cuando a partir de estos principios, y la negociación, se ganara la confianza de que los tratos serían respetados. Esta forma de entender el gobierno llevó a una gran claridad en el lenguaje, pues la verdad es condición imprescindible para pactar, para definir posiciones y para mover a la acción.

Recordemos sus palabras: "Contra todo lo que afirman los vividores de la política, que la llaman la ciencia del engaño, yo creo firmemente que en esta actividad, como en toda otra, los hombres honrados deben decir la verdad desnuda, cualesquiera que sean sus consecuencias". "Creo que para organizar un gobierno fuerte, que controle y organice al país, es preciso, cimentarlo en la verdad y la justicia".

Si algo queda claro, de Calles, el político, es que las palabras nunca le sobraron: su acción estuvo marcada por los hechos, las palabras le sirvieron para fundarlos: para fijar las posiciones de la acción. Calles, al igual que Cárdenas, sabían bien lo que querían y, en la dificultad, en la práctica, aprendieron el cómo hacerlo.

En su acción hay una doble enseñanza: para no incurrir en el autoritarismo es necesario saber escuchar, sin cansancio, los reclamos legítimos; con la misma decisión hay que saber rechazar las acciones que puedan debilitar los propósitos y la cohesión política. La esencia de la política está en la capacidad de conciliación, pero su eficacia se agota cuando no existe un propósito: cuando no se definen los límites de la negociación.

Como político, el talento del General Plutarco Elías Calles está fuera de toda duda. El es actor destacado en la formación de las instituciones del Estado Mexicano y del régimen político de la Revolución; en particular en la consolidación de la alianza con el movimiento obrero, la profesionalización del ejército y la creación del Partido Nacional Revolucionario.

La formación del partido es uno de los grandes eventos de la historia política de la Nación, pues la ausencia de partidos es tan negativa como su fragmentación. Antes del PNR había cientos de partidos, el PNR los unificó; pero lo sobresaliente es que lo hizo con los mismos líderes y con las mismas bases. La formación del partido significó una creación neta de poder para la Revolución, un cambio cualitativo que renovó lo que ya existía.

Pero la genialidad no está exclusivamente en la imaginación. La idea de formar un gran Partido Nacional venía de atrás. Los liberales ya habían pensado en ella; sin embargo siempre hubo alguna personalidad que interfería en su desarrollo, que buscaba el éxito personal a costa del propósito de fondo. Calles aprovechó la circunstancia de la ausencia del caudillo y fue capaz de colocar los intereses de largo plazo por encima de sus intereses personales. Aceptó el desafío de crear una organización por encima de él mismo; lo hizo porque estaba convencido que era mucho más lo que ganaría la Nación.

En el ámbito de la administración de la política económica, la Nueva Política Económica de Calles tuvo claridad en la conducción y decisión para fortalecer los instrumentos del desarrollo; sus resultados se vieron disminuidos por un descenso impresionante de los ingresos derivados del petróleo y de la plata, así como por la fragilidad del sistema tributario.

El significado de una política económica se mide cuando se le asocia con sus circunstancias. En la Nueva Política Económica lo más importante fue el sentido de cambio que con ella se introdujo, la seriedad con la que se manejó la acción del gobierno y los lineamientos que dejaría para resistir mejor la gran depresión y aprovechar la posterior etapa de recuperación.

Uno de los asuntos más debatidos y complejos de la administración del Presidente Calles fue el conflicto religioso, que -en su escala regional- dió muestras de los riesgos de romper las normas básicas de nuestra convivencia. Su solución, con Portes Gil y Cárdenas, estableció una relación que el pueblo de México ha sancionado como la más correcta. Por ello, no existe razón alguna -histórica o moral- para intentar modificar un orden civil, fundado en sus propias normas, que garantiza la libertad de conciencia de los individuos.

La acción internacional del Presidente Calles fue decisiva. En los primeros años, las relaciones con los Estados Unidos fueron tirantes. El radicalismo del Embajador Scheffield fue una fuente constante de tensiones: no cejó, durante largo tiempo, en seguir insistiendo e intentando interferir en la vida política interna de la Nación. Pero la claridad de Calles, su nacionalismo y capacidad negociadora, lograron hacer aceptar a los Estados Unidos que el camino más apropiado era respetar íntegramente las decisiones soberanas de México.

En la negociación económica con los bancos norteamericanos el gobierno obtuvo lo que era posible obtener. Pero lo más importante, desde el punto de vista del Estado Mexicano, fue que disipó riesgos intervencionistas y que logró modificar una imagen destructiva que se había generado en la opinión pública de ese país..

Para él nuestra fortaleza externa no podía desvincularse de nuestra fuerza interna. No es posible olvidar que, incluso en sus decisiones administrativas, como la construcción de presas por parte de la Comisión Nacional de Irrigación, hubo un propósito político: había que hacer las presas en el norte del país, para poblarlo, para hacerlo más rico y productivo, para proteger, en definitiva, nuestro territorio.

El General Calles, fue, ante todo, un hombre de Estado. Hay dos momentos en que sobresale esa cualidad: el primero, en 1923, cuando ya había sido nominado candidato a la Presidencia y, al surgir la rebelión delahuertista, interrumpe su campaña para combatir a quienes conspiraban en contra del Presidente Obregón; el segundo, es en 1928, cuando después del asesinato del Presidente electo Alvaro Obregón, en el momento más difícil, contiene los personalismos, para lograr lo que entonces parecía una utopía: "asegurar las transmisiones quietas y pacíficas del poder", y con ello, como él dijo: "la labor más grande y de más mérito que hasta ese momento hubiera realizado la Revolución".

SEÑORAS Y SEÑORES:

La tradición política de México, que encierra tantas pruebas de tenacidad y sabiduría popular, con liderazgos sociales y políticos de la talla que ha tenido México, es una fuente permanente de aprendizaje y una alta exigencia para estar a la altura de circunstancias que siempre han sido difíciles.

La Nación se ha transformado de manera notable desde la época de la formación de sus instituciones, por Calles y por Cárdenas. La Nación ha podido transitar, en orden, por las más duras coyunturas internacionales, frente a uno de los crecimientos más explosivos de la población y una de las transformaciones urbano-industriales más dramáticas que hayan ocurrido en país alguno. México ha podido vivir, coexistir, mejorar y desarrollarse.

Durante décadas, México no había tenido que hacer frente a situaciones de máximo riesgo como las que hemos conocido en los últimos años. Todas las tareas del gobierno y de la administración se habían cifrado en la paulatina racionalización de los procedimientos, el avance en los propósitos, el enfrentamiento progresivo de los viejos y los nuevos problemas.

Pero hoy, se han vuelto a plantear las grandes interrogantes de: el apego a la tradición, y la renovación; el riesgo del conflicto y la necesidad del diálogo y la concertación; el peso de las inercias y desequilibrios económicos y sociales ante el impostergable cambio en la estrategia de desarrollo; y la clara conciencia de que en las grandes decisiones está de por medio la defensa permanente de la soberanía. Ha sido necesario adoptar cambios y mantenerlos, aún sabiendo que la solución de los problemas de fondo es de largo plazo. Siempre se tiene que ganar tiempo, para lograr propósitos más altos.

México ha resentido los más duros golpes de una crisis económica internacional a la que ningún país escapa. Se enfrenta a uno de los más intensos períodos de cambio mundial, a una transición impactada por nuevas revoluciones científicas y tecnológicas; a conflictos, desajustes, severos cuestionamientos de los modelos antes aceptados. Se trata de una transición que no acaba de definirse, que sabemos o intuimos como un cambio de época.

Incluso hay quienes, por no alcanzar a definirla, la confunden con la expresión de sus componentes y tendencias: unos ven el aspecto económico, otros la violencia, otros el crecimiento demográfico versus los recursos. Pero lo que tenemos claro, incluso antes de terminar de definir el carácter de la transición, es que se han tenido que resistir los impactos adversos y hacer más fuerte nuestra posición internacional precisamente en el momento de nuestra mayor debilidad económica.

La alternativa para México no está entre la inmovilidad y el cambio, sino en evitar la inmovilidad, que pondría en riesgo al país, y en orientar un cambio que no vulnere nuestra identidad, ni debilite los equilibrios y la unidad fundamentales.

En una Nación de leyes, con un marco constitucional tan claro, como el de México, en una economía mixta que ha operado durante décadas, la confianza no se da y se quita según las circunstancias; existe. Habiendo plena protección jurídica a las libertades económicas y seriedad en la conducción de la política económica, los únicos que pueden perder la confianza son quienes por sus radicalismos, quisieran, en la búsqueda de privilegios, comprometer a un sector privado responsable.

La modernización que la Nación se plantea no es, nada más, para hacer viable su economía, para ser más productivos, -necesidad impostergable- sino aquélla que reconoce la velocidad y los efectos de la industrialización, y la necesidad de resolver sus desequilibrios con voluntad de equidad, con apego nacional y con espíritu libertario. México necesita contener presiones, equilibrar sus desigualdades y conducir la reconversión de su economía. Sólo así ha de ser viable, la modernización democrática, en un país tan grande y con tantas raíces.

Una coyuntura de resistencia y de cambio como ésta, jamás podría haber sido conducida sin una concepción general, sin una voluntad inquebrantable para tomar las mejores decisiones en cada momento, sin una honestidad personal fundamental, sin un sentido de orden, de administración y de atención cuidadosa a la instrumentación de las acciones. Ha habido, en Miguel De la Madrid, la clara definición política del hombre de Estado.

La estatura de un hombre público se mide cuando, en el triunfo, se mantienen el aplomo y la responsabilidad, y en la adversidad se conserva el ánimo para adoptar las decisiones necesarias, por más difíciles que sean; se mide por el apego a los principios, el realismo y la responsabilidad que acompaña a todas sus decisiones.

FRANCISCO ROJAS

LECCIONES DE CALLES PARA NUESTROS DIAS



SECRETARIA
DE LA CONTRALORIA
GENERAL
DE LA FEDERACION

FRANCISCO ROJAS

LECCIONES DE CALLES PARA NUESTROS DIAS

Palabras del secretario de la Contraloría General de la Federación, Francisco Rojas, en la ceremonia de donación de los archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca

México, D.F., 20 de octubre de 1986



SECRETARIA
DE LA CONTRALORIA
GENERAL
DE LA FEDERACION

Licenciado Miguel de la Madrid, Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos; señora Hortensia Elías Calles viuda de Torreblanca; familia Elías Calles; señoras y señores:

En su historia encuentran los pueblos su identidad; en ella está su razón de ser, el origen de sus avances, retrocesos, contradicciones, enfrentamientos internos y externos. La historia se compone fundamentalmente de hechos trascendentes, por eso la escriben los hombres trascendentes.

La identidad de un pueblo se forja, en consecuencia, en la lucha por construir valores propios que vinculen a sus hombres entre sí y con el tiempo, y les otorguen unidad frente a otros: cultura, aspiraciones, instituciones, pasado y presente comunes, y posibilidad de futuro para generaciones sucesivas. Esto último, la posibilidad del destino compartido hacia adelante, constituye el principal objetivo y el afán cotidiano de los conductores sociales.

Es frecuente que historia y leyenda se confundan en torno de los hombres y sus obras; sólo la perspectiva que da el tiempo, la serenidad de los ánimos y el análisis permanente y detallado de los testimonios permite separarlas, conocer a fondo motivos y circunstancias, contemplar con ojos de pasado y presente al mismo tiempo, alternativas que existieron y ponderaciones que se realizaron; esta es tarea ineludible para explicarse qué hicieron un pueblo y sus gobernantes y por qué lo hicieron.

A ampliar y, por ende, a explicarnos mejor a nosotros mismos contribuirán, sin duda, los valiosos archivos del general Plutarco Elías Calles y del señor Fernando Torreblanca, que hoy recibe la nación de quienes hasta ahora fueron sus depositarios.

De soldado maderista, al término de su gestión como presidente de la República, es corto el lapso en la cronología, pero largo e intenso en la vida de Calles y de México. Años en que se define el México del siglo XX y el país irrumpe en la modernidad; años en que la acción de los hombres deja impresa definitiva huella para muchas generaciones de compatriotas.

Consolidar el triunfo de la Revolución, institucionalizándola, fue la principal preocupación de Calles; había que preservarla de los enemigos de afuera y de adentro; hacer realidad el artículo 27 constitucional para convertir a la nación en propietaria originaria de las riquezas del subsuelo; organizar el crédito agrícola, legislar sobre el uso de las aguas e impulsar una política de irrigación que hiciera factible el aumento de la producción agrícola; apoyar el movimiento obrero, fiel al espíritu del artículo 123; reorganizar la hacienda pública para poner bases firmes al desarrollo del país; aplicar las Leyes de Reforma; afianzar soberanía; resistir con dignidad y decoro las asechanzas, presiones y amenazas del exterior; mantener viva, en fin, la Revolución sin detenerse en la reconstrucción del país. Tal fue la hazaña de los hombres del gobierno callista.

Tuvo Calles, muchas veces, durante su mandato, la incomprensión de las ideologías extremas; una, pugnando por defender viejos privilegios y evitar la transformación de las condiciones económicas y sociales; otra, juzgando los actos del gobierno a la luz de condiciones que vivían otros pueblos en otros lugares; ambas, cobijadas en la libertad que la propia Revolución les había entregado. A ellas se enfrentó con el apoyo popular de los campesinos y los obreros, de los elementos revolucionarios conscientes de que la lucha armada era sólo una etapa de la reivindicación nacional.

Heredero de la crisis económica agudizada por el levantamiento de 1924, se vio obligado a renegociar el pago del servicio de la deuda y a

18

emprender fuertes reducciones del gasto público. A la crisis respondió con prudencia y audacia alternadas, sin perder de vista el interés general, y llevando a cabo la reorganización de la banca, la creación del Banco de México y una profunda reforma tributaria encaminada a introducir el orden en una economía caracterizada por la insuficiencia de los recursos y por las severas presiones que se le imponían del exterior.

Impulsó a la construcción de caminos y a la rehabilitación de los ferrocarriles, como condición indispensable para unir a los mexicanos, fue otro esfuerzo fructífero de su gobierno; su política de comunicaciones contempla siempre aspectos vitales para elevar el nivel de vida de su pueblo y consolidar soberanía e independencia.

Vasto es el campo de su actuación y definitivos son sus logros para construir las bases del México de hoy. Sobre su obra se construye la de otros preclaros mexicanos que aportan realizaciones determinantes para la existencia y desarrollo de la nación.

A los adversarios de la Revolución, a la crisis económica, a la carencia de recursos para reconstruir aceleradamente al país, a las presiones políticas, a los obstáculos para crecer responde con la creación y defensa de las instituciones. A la intransigencia opone la concertación, al dogmatismo lo rechaza con la apertura de quien desde su vieja vocación de maestro se había acostumbrado a escuchar para encontrar la verdad. A la tentación de convertirse en líder iluminado sobrepone la serenidad y visión de hombre de estado. A la incomprensión de algunos sectores resiste con la seguridad de que sirve al interés general. No se amarga, no decae su ánimo, sabe que gobernar implica un costo; está consciente de la necesidad de impulsar la democracia en una sociedad que aún no la conoce y está dispuesto a correr los riesgos.

A casi 60 años de distancia están firmes las huellas de su paso por la historia. Visionario genial, Calles supo construir las bases de la estabilidad que propició el desarrollo y el tránsito, como él mismo lo expresara: "De la categoría de pueblo y gobierno de caudillos, a la más alta y más respetada y más productiva y más pacífica y más civilizada condición de pueblo de instituciones y de leyes".

La creación del Partido Nacional Revolucionario abre la puerta de la conciliación nacional; va más allá del mero triunfo de una ideología porque asegura la participación organizada de todas las corrientes políticas en el acontecer mexicano; sustituye la fuerza de las armas por la actividad política hacia adentro y hacia afuera del partido mayoritario. Impulsa la democratización porque la existencia de este último garantiza la existencia de sus oponentes. Merced a ello, han transcurrido 57 años de paz social que nunca habíamos disfrutado a lo largo de nuestra vida como nación independiente; 57 años que se han traducido en escuelas, salud, industria, caminos, rescate de nuestros recursos naturales, enorme infraestructura, desarrollo y soberanía; en fin, 57 años en que se ha modificado la densidad de un país de 15 millones de habitantes a otro de más de 80.

Hoy, como ayer, México enfrenta problemas; pero hoy, al igual que ayer, los superará con el esfuerzo de su pueblo, la fortaleza de sus instituciones y el patriotismo y serenidad de su gobernante. Hoy también atravesamos momentos difíciles que ponen a prueba nuestra vocación de hombres libres y nuestra capacidad para decidir nuestro destino sin interferencias ajenas. Hoy vivimos la crisis económica más aguda del México moderno y sabremos, igual que antaño, superarla. Hoy contamos, también, con un gobierno que obedece al mandato de su pueblo y sabe conciliar sectores, escuchar todas las voces, sin perder de vista el interés general.

109

Hace 60 años el signo distintivo fue el cambio para institucionalizar la Revolución. Hoy la sociedad mexicana y su gobierno, apoyados en las instituciones, impulsan también un cambio profundo para recrearlas, actualizarlas, fortalecer la unidad en torno a ellas, por encima de diferencias circunstanciales. Al reto de la adversidad se opone la vigorización de valores y renovación de prácticas, hábitos y mentalidades para ser más productivos, más solidarios, más fieles a nuestra identidad. El debate político se produce para señalar rumbos del cambio porque la pluralidad social e ideológica es una realidad y de ella surge la voluntad general. De la vigencia de las instituciones surge la posibilidad de actualizarlas permanentemente; ellas auspician su propia transformación para seguir avanzando hacia una sociedad más justa y más democrática.

Los archivos que hoy recibe la nación contienen parte de su historia. Al agradecer la generosidad de sus depositarios les expresamos nuestra convicción de que México sabrá reconocer su valiosa aportación para hacer mayor luz acerca de un importante periodo de nuestra historia, lejos ya sus figuras de la incomprensión y la calumnia o de las cortesanas admiraciones suscitadas al calor de la pasión y de la lucha.

Esta edición consta de 3,000 ejemplares
y se terminó de imprimir en octubre
de 1986 en los Talleres Gráficos
de la Nación, S.C. de P.E. y R.S.

DISCURSOS DEL SECRETARIO

No. 33



SECRETARIA
DE LA CONTRALORIA
GENERAL
DE LA FEDERACION

DIRECCION GENERAL DE COMUNICACION SOCIAL